



# CORTAR, RECORDAR Y DESEAR: LA AFECTIVIDAD FEMENINA EN *ROZA TUMBA QUEMA* DE CLAUDIA HERNÁNDEZ

*To Cut, Remember and Desire: the Female Affectivity in Roza tumba quema* by Claudia Hernández

SELMA RODAL LINARES<sup>1</sup>

CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES, UNAM (MÉXICO)

SELRODLIN@GMAIL.COM

ORCID: 0000-0002-2775-5142

DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/mitologias.864>  
vol. 26 | junio2022 | 103 - 114

Recibido: 12/03/2022 | Aceptado: 02/05/2022

## Resumen

Propongo que en *Roza tumba quema* (2017) de Claudia Hernández la vulnerabilidad corporal se ofrece como potencia de transformación comunitaria. Sostengo que se articula una enunciación femenina nómada a través de la coordinación de experiencias vitales singulares entre las diferentes mujeres, que exhibe el disenso entre estas y las identidades; y la variación interna de las relaciones semánticas configurantes de los cuerpos femeninos surgida de su afectividad. Asimismo, planteo que el amor femenino, al mismo tiempo que abre el deseo como territorio común, expone a las mujeres a su pluralidad, e interrumpe las dinámicas de homogeneización y expropiación de los cuerpos femeninos.

## Palabras clave

Narrativa centraamericana, cuerpo, nomadismo, afectos, vulnerabilidad

<sup>1</sup> Becaria postdoctoral de la UNAM, concretamente en el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales (CEPHCIS-UNAM). Asesorada por la Dra. Carolina Depetris.



## Abstract

I suggest that in *Rosa tumba quema* (2017) by Claudia Hernández the bodily vulnerability is offered as a power of communal transformation. I maintain that a nomadic feminine enunciation is articulated through the coordination of singular vital experiences among the different women, which exhibits the dissent between them and the identities; and the internal variation of the semantic relations configuring female bodies arising from affectivity. Likewise, I also argue that female love, while opening desire as a common territory, exposes women to their plurality, interrupting the dynamics of homogenization and expropriation of female bodies.

## Keywords

Central American Narrative, Body, Nomadism, Affection, Vulnerability

## Introducción: ¿qué territorio habitamos las mujeres?

La práctica agrícola nómada “roza-tumba-quema” consiste en cortar e incendiar la vegetación que está en un lugar para sembrar algo nuevo. La novela *Roza tumba quema* (Laguna libros, 2017; Sexto Piso, 2018) de Claudia Hernández trata justamente acerca de los movimientos que las mujeres trazan sobre el territorio que habitan, y cómo estos abren, a través de sus afectos, surcos a partir de los cuales se pueden crear nuevos territorios y resistir ante las múltiples formas con las que la sociedad trata de inmovilizarlas. Aunque la novela evade casi toda alusión a un contexto extratextual, la caracterización del espacio y los personajes sugieren que se ubica en Latinoamérica. De hecho, se puede inferir que el conflicto armado en el que se inspira es el enfrentamiento entre el ejército salvadoreño y el FMLN (Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional), desatado a finales de los ochenta y cuyo hito cúlmine fue la firma de los Acuerdos de Paz en 1992. Emanuela Jossa sostiene que Hernández recogió y leyó muchos testimonios y documentos de archivo para escribir la novela (2019: 106). No obstante, coincido con Alexandra Ortiz Wallner (2019) en que la ausencia de nombres espaciales permite ubicar la trama en otras guerrillas latinoamericanas como la colombiana, la peruana y la nicaragüense; por ende, constituye un primer proceso de desterritorialización que traza resonancias entre distintos contextos de opresión hacia las mujeres.

La indeterminación contextual es un rasgo característico de la poética de Hernández, pues está presente también en su narrativa breve. Sin embargo, esta novela se distingue tanto formal como temáticamente del resto de su obra. Primero, porque en su narrativa breve hay una ausencia casi total de armas de fuego y alusiones directas a la guerra (Esch, 2018; Kokotovic, 2014); y segundo, porque sus cuentos exponen un nivel de violencia y crueldad normalizados que incluso rayan en lo fantástico o lo cínico (Cortez, 2010; Lara-Martínez, 2012; Rincón-Chavarro, 2013; Gairaud, 2015; Nuñez, 2021), en los cuales se evita deliberadamente aludir a la afectividad de los personajes.

En contraste, esta novela expone un corolario de experiencias corpóreas que nos remiten a la intensidad emocional de la vida cotidiana de las mujeres latinoamericanas. A través de sus cuarenta capítulos conocemos la vida de las mujeres de una familia. La trama se ramifica: abre desplazamientos temporales que en la voz narrativa intercalan sucesos del pasado, el presente y el futuro, vividos por mujeres de distintas generaciones. Estas historias se conectan por la narración de la infancia, juventud y adultez de una mujer que fue forzada a convertirse en guerrillera y luego debe arreglárselas para mantener a sus cuatro hijas y defenderlas de las violencias que las amenazan en la posguerra. Al mismo tiempo, para intentar reterritorializarse ante la múltiple expropiación que vivió, la madre busca recuperar a su primogénita, cuyo paradero desconoce porque los miembros de la guerrilla la forzaron a abandonarla y luego la vendieron a una pareja francesa con el fin de financiar su causa.

La novela muestra que las mujeres latinoamericanas son violentadas y despojadas constantemente de su propio cuerpo tanto en situaciones extraordinarias como en las acciones más cotidianas. El cuerpo femenino es cifrado como un recurso que debería de servir a la perseverancia de la unidad comunitaria a partir de las labores domésticas, la belleza física, la reproducción sexual, el voto, el cuidado materno, entre otras actividades que se asumen por la comunidad como un recurso natural: un bien común disponible para la explotación. La “mujer” constituye para la comunidad un cuerpo-territorio que diferentes actores buscan explotar. Verónica Gago (2019) explica que el cuerpo es ya un territorio que se teje de manera colectiva, ensambla afectos, recursos y potencias que no son meramente individuales, sino políticos, culturales, estéticos y económicos. Los personajes femeninos se encuentran desde un principio desterritorializados de su cuerpo-territorio pues han sufrido algún tipo de expropiación, la cual es soportada en diferentes formas de territorialización semántica.

Propongo el concepto de territorio semántico para nombrar el espacio social que codifica una obra en sí misma a través de su estética, es decir, la relación que trama entre las variables lingüísticas y los rasgos materiales que definen a los cuerpos. La narración territorializa a los personajes a partir de la

conformación de patrones semánticos que traman relaciones estables o variables entre atributos y cuerpos, y que pueden organizarse en series que nos señalan el nivel de fijeza o transformación de los cuerpos dentro del sentido común de un relato. Las relaciones trazadas por las series determinan la intensidad de las fuerzas que mueven o detienen las acciones de los cuerpos, es decir, el poder y deseo que poseen potencialmente dentro de la dinámica comunitaria.

Esta configuración del territorio semántico se construye a través de una narración colectiva despersonalizada. Se emplea una voz en tercera persona gramatical que focaliza en distintos personajes femeninos a través del estilo indirecto libre. El foco narrativo se traslada entre diversas mujeres sin previo aviso, lo cual hace complejo diferenciar sobre quién se cuenta las acciones y pensamientos y ubicar con precisión el plano temporal y espacial en el que suceden. Esta incertidumbre se acentúa por la falta de nombres propios. Todas las mujeres son nombradas “Ella”, y son identificadas por los roles que cumplen con respecto a las y los demás miembros de la comunidad: “niña”, “mujer”, “combatiente”, “madre”, “hija”, “hermana”, “esposa”, “compañera”. No obstante, estos roles son comunes entre ellas, por lo que no las determinan individualmente; además de que también son variables dentro de su propia historia, ya que quien es madre es también hija, hermana, amiga o esposa simultáneamente. A su vez, en los discursos singulares se insertan los discursos colectivos anónimos de la “gente” de la comunidad y su chisme, que son reproducidos por las mujeres incluso cuando disienten de ellos. La novela muestra que los saberes colectivos regulan el sentido común y territorializan semánticamente a las mujeres, ya que las sitúan en lugares específicos que determinan su poder de decir, actuar y ser dentro de la comunidad.

Estos discursos producen una homogeneización entre las diferentes mujeres y las desterritorializan físicamente, ya que convierten a los cuerpos femeninos en territorios físicos de explotación. Federicci señala que al inicio del capitalismo las mujeres reemplazaron a las “tierras” y los bienes materiales, pues se convirtieron en el medio de reproducción comunal del que cualquiera podía apropiarse y usar según su voluntad (2010: 148). A pesar de que las mujeres se encuentran en “todas partes”, la novela nos muestra que no tienen lugar pues el reparto de poderes las excluye del proyecto comunitario. Esta territorialización desterritorializante se soporta en la medida en que se reitera el patrón semántico “mujer-tierra”. Este patrón se expande como sentido común a través de otras series significantes que lo actualizan en diferentes contextos, tales como debilidad, culpabilidad, vergüenza, cuidado, las cuales vinculan a la “mujer” con una condición de vulnerabilidad natural que la condiciona a la inmovilidad social. La reiteración del patrón semántico crea paralelismos que modelan relaciones de inmanencia entre mujeres de distinta edad, clase social, ocupación, etnia, entre otros.

Ese ensamblaje entre voces heterogéneas puede comprenderse como un “agenciamiento narrativo”.<sup>2</sup> Con este concepto busco pensar la enunciación, no como una estructura que está organizada por partes que ejecutan funciones específicas, sino como un devenir de acciones conjuntas ejecutadas por agentes visibles e invisibles que en su pluralidad actúan sobre un territorio semántico modificando las formas en las cuales leemos a los cuerpos. Las relaciones entre los elementos narratológicos, retóricos y lingüísticos generan acciones transformadoras que afectan la política sensible y las dinámicas comunitarias del universo ficcional de una obra.

En este artículo propongo que el agenciamiento narrativo de la novela yuxtapone, al régimen de signos territorializante —que denuncia la condición de vulnerabilidad en la que habitan las mujeres—, un régimen de signos desterritorializante —que actúa a través de la reapropiación de la vulnerabilidad corporal hasta convertirla en una potencia de cambio—. Dicha desterritorialización se emprende a través de dos estrategias: la coordinación de experiencias vitales singulares en una secuencia narrativa intercalada que, en conjunto con la voz despersonalizada, pone en tensión los aspectos colectivos y singulares de las prácticas sociales; y la variación interna de las relaciones semánticas que configuran a cada uno de los

---

<sup>2</sup> Este concepto surge del “agenciamiento colectivo de enunciación” de Deleuze y Guattari (2004). Lo modifiqué para enfatizar que el ensamblaje emerge del acto de narrar.

cuerpos femeninos. Considero que ambas estrategias sugieren que el amor entre mujeres crea relaciones de inmanencia de deseo entre ellas que las abren a la posibilidad de crear comunidades femeninas “nómades” conforme a su definición en el pensamiento de Rosi Braidotti (2000). El recuerdo, el deseo por sobrevivir y el amor entre mujeres actúan en la novela como una potencia que fluye entre los diferentes cuerpos femeninos de manera anacrónica, en cuanto las contagia entre sí y les abre posibilidades nuevas de territorialización para su devenir común.

## Los cortes del disenso en el territorio semántico

Es importante decir que en la secuencia narrativa abundan las acciones no nucleares, es decir, la mayor parte de las acciones no son causa de otras ni producen un efecto. Este tipo de acciones actúan como descriptores que caracterizan a los personajes, pues muestran sus sentimientos, pensamientos y los gestos con los que interactúan. Así, el énfasis no está puesto en lo que hacen los personajes sino en sus pasiones y reacciones, las cuales son índices de deseo y disenso, pues nos muestran las formas a través de las cuales los afectos constituyen atisbos sutiles de resistencia en contextos donde el rango de acción de las mujeres está limitado. Esos índices introducen cortes en el régimen de signos hegemónico, al hacer visible cómo los afectos y la imaginación actúan como motores de transformación del discurso colectivo, diferencian y singularizan a cada mujer.

Cuando se introducen enunciados que alteran la carga semántica a lo largo de la duración del relato, suceden transformaciones a nivel sintáctico y semántico que afectan radicalmente la manera en la que entendemos los cuerpos, y se modifica el sentido común interno de la obra. A las series territorializantes del consenso se oponen otras que son desterritorializantes, donde la organización no crea relaciones de identificación sino de diferenciación con respecto a los patrones semánticos, a través de la construcción de figuras lógicas de la contradicción tales como antítesis, paradojas e ironías; las que también se soportan en los paralelismos pero hacen visible la divergencia entre las mujeres. Por ejemplo, como efecto de la abundancia de semas asociados a la negación se crean antítesis que muestran un disenso en todos los patrones semánticos que configuran los cuerpos.<sup>3</sup> Las figuras de la contradicción tienen además dos efectos centrales en la novela: enfatizan la precarización de las mujeres en contraste con la de los hombres; y evidencian la contraposición del deseo al “deber” y el “poder”, en tanto son articulados nuevos territorios semánticos para las mujeres, al mismo tiempo que se hace visible el disenso entre ellas conforme a su contexto o edad.

Igualmente, las series desterritorializantes que introducen los enunciados subjuntivos, desiderativos y dubitativos y las oraciones coordinadas adversativas ponen de manifiesto los deseos, sueños y recuerdos de las mujeres que muestran su disenso con respecto a la hegemonía social. Estas series yuxtaponen al deber ser social lo deseado; a lo supuesto comunitariamente, lo aparente e invisibilizado o invisible; y a lo acontecido históricamente, lo posible e imaginado. Actúan de forma simultánea en la enunciación y se confunden a tal grado que por momentos es imposible distinguir las entre sí.

El disenso entre las mujeres de diferentes contextos es perceptible cuando se trama una antítesis entre la madre-excombatiente y la hija robada. La madre excombatiente no entiende la enfermedad que le han dicho tiene su hija: “depresión”, pues “no le parece un padecimiento de alguien que fue concebida en los montes” (Hernández, 2018: 43). La presencia de esta disimilitud entre ellas la hace cuestionarse acerca de si la hija encontrada es suya: “¿Podría ser que se hubieran equivocado de hija? Ni su padre ni su madre, ni ella ni ninguno de sus hermanos eran de esa manera” (Hernández, 2018: 43). Por otro lado,

<sup>3</sup>Además de la palabra “no” que se repite entre cuarenta y ochenta veces en cada capítulo según su extensión, se presentan de manera recurrente los adverbios: “ni”, “nunca”, “jamás”, “tampoco”, “nadie”, “ninguno”, “ningún”, “ninguna”, “ni siquiera”, y los nexos adversativos que expresan contraposición (“sino” y “pero”).

la hija, a diferencia de otros chicos en su situación, no se alegra con la noticia de que han encontrado a su madre biológica, pues no concibe cómo puede darle lugar en su imaginario: “La morena recién aparecida no podía esperar ocupar el espacio que estaba consagrado a la madre muerta ni rivalizar con el de la madre viva de piel clara” (Hernández, 2018: 44). Al enterarse del nombre que le fue concedido al nacer, la hija lo rechaza porque le parece “demasiado católico”, “guerrillero”, sin “gracia” ni “sonoridad”. En cambio para la madre es el nombre más hermoso de todos, “la suma de todo aquello en lo que creía”; a diferencia del nombre francés que es “como si su boca se negara a aceptarlo” (Hernández, 2018: 46). La contraposición entre las opiniones enfatiza el peso de las disimilitudes corporales, afectivas, culturales y materiales en la construcción de la verosimilitud, pues estas no solo desafían el lazo consanguíneo para ambas; le impiden a la hija francesa, quien fue criada en una situación de privilegio, concebir las circunstancias en las que la madre se vería forzada a abandonarla temporalmente.

El disenso también se replica entre la madre excombatiente y la tercera de las hijas que vivieron con ella, a pesar de cohabitar el mismo territorio, aunque en diferentes circunstancias temporales. La hija se niega a “quedarse cuidando niños, campos y gallinas”; en contraste, su madre menciona que a “ella le habría gustado” dedicarse al cuidado, en vez de “andar en las montañas con arma en el hombro. Si lo había hecho era para que ellas pudieran tener todo eso que ahora ella no quería [...]” (Hernández, 2018: 117). La hija en algún momento considera la posibilidad de entrar a la policía o al cuartel, lo que es intolerable para su madre; y más adelante decide desterritorializarse emigrando a París.

Una confrontación semejante se da en el disenso entre la madre de la excombatiente y ella. A la abuela le cuesta entender porque quiere detener a la hija que quiere migrar:

Le cuesta reconocer algo suyo o de su padre en esa actitud. Parece una cobarde. No recuerda que lo hubiera sido durante la infancia. ¿A qué hora se dejó ablandar?

No lo sabe:

Quizá siempre había sido blanda y sólo no había tenido tiempo u ocasión de mostrarlo.

Tonterías. (Hernández, 2018: 179)

En la última cita, además del desacuerdo entre generaciones, se hace claro que la maternidad en la mujer excombatiente genera un disenso sensible con respecto a sí misma, que le permite darse cuenta de quién era pero no tenía la libertad de ser. De hecho, tras convertirse en madre, a la excombatiente le cuesta entender cómo es posible que su propia madre no hubiese salido a buscarla cuando ella era niña y tardaba más en regresar a casa: “Siempre se ha preguntado por qué no lo hizo [...] ella, aunque hubiera tenido treinta o cuarenta niños, habría dejado todo por ir a traer a la que le hacía falta” (Hernández, 2018: 16).

Estas formas de disenso despliegan un conflicto entre la configuración sensible común y las múltiples formas de hacer sentido de ella. Las variadas figuraciones del deseo muestran a la comunidad femenina como una forma sensible heterogénea, mudable e irregular. Los afectos redistribuyen lo sensible por medio de una manifestación del disenso como una realidad imposible de eliminar en el territorio semántico. De este modo, rompen con la concepción de “la mujer” como metáfora etérea e imaginaria; puesto que cada vez que aparece una divergencia singular se produce una desviación semántica que va diseminando la identidad, y mostrando que los nombres “madre”, “hija”, “mujer”, si bien son operaciones miméticas que crean relaciones de identificación entre los diferentes personajes, en realidad se presentan como simulacros de su singularidad: nombres artificiales, imperfectos y efímeros que refieren únicamente a un aspecto de cada una de ellas que no puede valer para todas y que no las homogeneiza.

## Recordar con un cuerpo nómada para desterritorializarse

La variación interna de las relaciones semánticas que configuran los cuerpos de los personajes femeninos como disensuales, al contrastarlos entre sí, nos sugiere la posibilidad de pensar en las comunidades femeninas como “nómades”, comunidades caracterizadas por su desterritorialización y que ya no se basan en la semejanza y en la identificación. Con “nómade” Rosi Braidotti (2000) refiere a la mujer como una entidad cambiante y dinámica, atravesada por múltiples ejes y que además está localizada geopolítica e históricamente. El cuerpo femenino nómada ya no se concibe como un simple calco de las inscripciones semióticas y los códigos patriarcales, sino una superficie de transformación de flujos de energías e intensidades, donde los afectos actúan como fuerzas desterritorializantes que pueden desmontar y deconstruir las condiciones materiales y culturales de un determinado espacio social.

Un ejemplo del nomadismo corporal dentro de la novela se da a través de la contraposición de las estrategias psicológicas para lidiar con el trauma, ofrecidas por el paradigma eurocéntrico urbano, y las acciones corporales y metafóricas que la madre excombatiente emprende para lidiar con la pérdida de su hija. Ella deliberadamente cuestiona la utilidad del lenguaje para tratar las experiencias vividas en la guerra:

No le gustaban las psicólogas. Cree que son buenas personas y muy bien intencionadas, pero le resulta fastidioso que traten de entrar a la cabeza de ellas de la manera tan torpe en que lo hacen y que todo el desastre que causan moviendo cosas en ella no sirva para nada [...] Si la hubieran dejado decidir, habría preferido no haberlas tenido. Odiaba el tono en que le hablaban y la manera en que la miraban [...] Ella no necesitaba que nadie la escuchara. Ni siquiera quería hablar de muchas cosas [...] Insistían en que ella debía hablar de las cosas que había presenciado o escuchado para que su mente sanara. Hasta entonces, jamás se había sentido enferma. Odiaba que la trataran como si lo estuviera, odiaba que no entendieran que lo que ellas llamaban experiencia propia era algo que no le pertenecía. (Hernández, 2018: 170)

Tal y como lo muestra la madre excombatiente, la experiencia de la guerra es un “saber situado” imposible de desterritorializar, pues está atravesado por una asimetría que imposibilita la empatía entre la mujer y las psicólogas, cuyo horizonte de comprensión dista radicalmente del de ella. Como señala Braidotti en su defensa a los “saberes situados”, resulta fundamental comprender las diferencias en la posición de salida en términos cualitativos entre las diferentes mujeres y con respecto a la mujer y el hombre. La divergencia que existe entre los horizontes de comprensión pone de manifiesto el problema que la representación comporta para juzgar los procesos de “redistribución” de los poderes entre los cuerpos. Así también, la novela problematiza la aplicación de estrategias con pretensión universalista, pues muestra que los sesgos de la representación colonialista y urbana intensifican la desigualdad social.<sup>4</sup>

Otros ejemplos se observan en la decisión de autorizar a la madre excombatiente solo el monto mínimo de la pensión como “lisiada”, a pesar de merecerla, porque resulta inverosímil para quienes la juzgan que “una chica de su edad y peso pudiera resistir lo que ella decía que había pasado a la edad que indicaba en el formulario cuando hombres más fuertes y experimentados habían sucumbido con menos que eso” (Hernández, 2018: 266-267). Esta contraposición se da también en la desterritorialización voluntaria de la hija que viaja a la universidad y devela el disenso que existe entre el cuerpo femenino y la ciudad. La chica menciona que no sabe cómo habitar la urbe, no la despierta el sol, llega tarde a los lugares y no le alcanza el tiempo para descansar. Confiesa que “no retenía rostros y todo el mundo en la capital le parecía tan desconocido como un extranjero” (Hernández, 2018: 87). El capítulo trece enfatiza que ella no sabe interpretar los códigos de la universidad, por ello, el personal universitario lee sus actitudes como

<sup>4</sup> Sophie Large lee este pasaje como una negación de la madre a desempeñar un “trabajo de la conciencia” sobre las experiencias traumáticas, que para ella “favorece su repliegue hacia el inconsciente, y de esta forma, su transmisión transgeneracional” (2019: 6). En mi opinión, al interpretar la obra desde un marco simbólico y psicoanalítico que es eurocéntrico, desafortunadamente Large reproduce la violencia de las psicólogas pues no asume la asimetría sensible entre las diferentes mujeres.

muestras de desidia, holgazanería y desinterés, cuando en realidad surgen de problemas de incompreensión, desinformación o timidez. En concordancia, la persona que brinda las ayudas universitarias señala el absurdo de los criterios de selección que por sus “tecnicismos” no benefician a quienes más las merecen (Hernández, 2018: 77).

A lo largo de la novela se hace notorio que para las mujeres de la comunidad rural de excombatientes, el lenguaje no significa un vehículo para la construcción de sí mismas. Hay una constante imposibilidad de decir y decirse que está originada por la prohibición constante por parte de las diferentes entidades patriarcales, la misma que es interiorizada por ellas como un mandato y les impide expresar lo que de verdad creen, piensan y desean, incluso cuando no hay hombres presentes u organizaciones que puedan reprimirlas. Esto es notorio cuando la mujer cuestiona la desigualdad social que había en la alimentación entre los miembros de la guerrilla:

necesitaban cuidar las cabezas de donde salían los planes [...] Eran los que leían los libros para los demás y los que tomaban las decisiones. La respuesta nunca le pareció buena [...] si le hubieran ordenado creer en lo que en verdad creía y le hubieran dado permiso de decirlo sin que algo le sucediera por eso, habría dicho que no le parecía correcto que los que se esforzaban menos recibieran más y que usaran una excusa como ésa para justificarlo. (Hernández, 2018: 143)

Queda claro que dentro de los saberes eurocéntricos, patriarcales y urbanos falta un léxico que se adecue a las experiencias vitales de las mujeres, pero sobre todo de aquellas que habitan en contextos marginales. Para la madre excombatiente, la depresión no existe aunque ella padezca sentimientos que podrían asemejarsele; ya que la retórica psicológica no corresponde con la forma en la que ella vive su afectividad. Los sentimientos que podríamos identificar como dolor y amor no poseen ese nombre ni son reconocidos como tales dentro del sentido articulado por la comunidad, sino más bien permanecen como incuantificables e imposibles de comparar y solo pueden ser trabajados por ella a través del propio cuerpo.

Al final, cuando su propia madre está por convalecer, la madre excombatiente emprende un viaje por la montaña donde habitó mientras estaba en la guerrilla para buscar algo que hubiera pertenecido a la hija perdida. En el viaje recorre sus pasos intentando encontrar cosas que evoquen la sensación que tenía al sostenerla. La mujer va desempeñando con esos objetos pequeñas acciones de desterritorialización semántica originadas por sus afectos y que abren una significación distinta de los elementos y el espacio. La madre reconoce la imposibilidad de “ilustrar” a su hija: “Ninguna de esas hojas puede simbolizar a su niña” (Hernández, 2018: 250). Con todo, el cúmulo de experiencias corporales que inventa sobre la marcha le brindan la oportunidad de reconstruirla a través de la performatividad corporal.

La mujer recoge en una manta las piedras que pueden tener el peso de su hija, las envuelve, calcula el tamaño que su madre podría acunar cuando estuviera en la tumba y emprende el viaje de regreso: una vez que ha dado un paseo con ella, le ha cantado canciones de cuna y le ha contado todo lo que quiso decirle, por fin está lista para decirle adiós a la hija que perdió hace más de veinte años y que tanto se esforzó por buscar a lo largo de la novela (Hernández, 2018: 252). Como la narración declara, estas acciones puede que no signifiquen “nada para nadie más” e, incluso, “[n]o importa que, tan pronto como termine”, tampoco signifiquen demasiado para ella (Hernández, 2018: 251). Son acciones miméticas pero también desterritorializantes, pues no pretenden representar simbólicamente a la hija ni a su pérdida siquiera, sino que se erigen como una simulación que solo le permite revivir corporalmente sus propios afectos. La madre excombatiente crea un régimen de signos-cuerpo a través de sus afectos que produce una desterritorialización de sí, de los objetos y del espacio; a través de la cual logra articular un territorio semántico propio que puede materializar sus recuerdos.

En concordancia, conforme interactúa con las cosas también se despiertan otros recuerdos que abren un horizonte nuevo de visibilidad sobre sus propias vivencias. Por ejemplo, al preguntarse si alguna vez su padre habría dudado de lo que tenía que hacer o habría vuelto sobre sus pasos para “borrar sus

huellas” (Hernández, 2018: 250), ella resuelve que no le importa si la llamaría cobarde por hacerlo, pues descubre en ese viaje que la montaña es el “nido que la convirtió de huevo de otro pájaro, en hija de esa guerra” (Hernández, 2018: 250). Así son las acciones y reacciones corporales, no el lenguaje, lo que le devela que fue desterritorializada forzosamente y le abre la posibilidad de resignificar su relación con lo vivido. A través del propio cuerpo, “borra” parcialmente los territorios semánticos que la configuraron antes para crearse un imaginario nuevo fértil desde el cual tejer una contramemoria feminista tanto de la guerra como de sus relaciones con otras mujeres.

Esto queda claro cuando la madre excombatiente revaloriza a su propia madre a quien durante casi toda la novela cuestionó constantemente, en contraste con el padre que ella idealizaba. También su madre muestra al final de su vida un reconocimiento excepcional ante las acciones y valentía de su hija, lo que la motiva por primera vez a resistir ante los deseos patriarcales de la comunidad. Cuando se muda con ella, antes de su muerte, se niega a llamarla por el seudónimo que le fue otorgado en la guerrilla: “Ellos le hablarán del mérito y el honor que debería ser para su hija usar el que le dieron en las montañas. Ella dirá que su madre es ella, no las montañas. Ellos no estarán de acuerdo. Dirán que nació de nuevo cuando estuvo en ellas. La madre querrá decir que las montañas la mataron un poco” (Hernández, 2018: 225).

## **Crear un lugar para el deseo: la vulnerabilidad y el amor femenino como potencias transformadoras**

La novela contrapone el régimen de sentido común, que identifica a la mujer como hija de la comunidad patriarcal, con otro régimen de sentido que la vincula con un linaje comunitario femenino en el que las mujeres se conectan a través del amor corporal entre sí. La restauración del vínculo corporal que se da tanto entre la excombatiente y su madre (la abuela), como entre la primera y las demás hijas que vivieron con ella, nos muestra que el amor femenino actúa como una potencia que fluye entre los diferentes cuerpos de manera anacrónica: contagia a las mujeres entre sí de deseo y les abre variadas posibilidades de territorialización. Sin embargo, este deseo no surge de una carencia, sino del contacto con las otras; por ello, implica una desterritorialización semántica de la vulnerabilidad que puede ser transformada desde una herramienta de opresión masculina a una experiencia corporal del poder común.

Butler reconoce esta doble dimensión de la vulnerabilidad: aquella a la que hay que resistir porque se vincula a la precariedad; y otra que está vinculada a la resistencia política como acto corporal (2018: 49). Esta última expresa que la potencia corporal depende de nuestro poder de dejarnos afectar por otros, pues nos muestra que la capacidad de respuesta y agencia no es separable de la receptividad; deconstruye el ideal paternalista del sujeto político que solo vincula la agencia con la superación de la vulnerabilidad. Igualmente, el afecto puede convertirse en una interpretación radical que cuestiona el carácter normativo de los marcos hegemónicos.

En la novela, la afectividad vinculada al cuidado acaba por desterritorializar semánticamente a este último al mostrarlo como una potencia comunitaria de supervivencia para las mujeres: un poder contra-institucional capaz de restaurar los vínculos femeninos que el patriarcado ha buscado imposibilitar por siglos. Al respecto, cabe resaltar por qué se dice que quienes participaban en la guerrilla concebían: “esperar una hija era una forma de sobrevivir, de perpetuarse [...] Algo de ellos quedaría en tierra. Incluso si nadie lo reconocía, la nariz de él y los ojos de ella andarían a diario por ahí” (Hernández, 2018: 150). Aunque puede parecer que la decisión de reproducirse se articula desde la lógica de la semejanza; dentro de la novela, la maternidad sugiere que las mujeres no desean replicarse a sí mismas en sus hijas, pues es a través del ensamblaje de elementos heterogéneos como se consigue la supervivencia. Por ello, la hija francesa tiene tanto de la madre biológica como de la adoptiva; y la segunda hija, al criarse un tiempo con la abuela, expresa los rasgos de ambas madres. Las hijas montan y desmontan los cuerpos de sus madres

en un ensamblaje distinto que hace a cada una singular. A la vez, cada cuerpo es una porción de “memoria viva” (Braidotti, 2000: 195) que articula una historia común e interdinámica de la afectividad femenina. No en vano la madre excombatiente menciona que ella sabrá volver de la montaña antes de que muera su madre: “Porque los cuerpos que habían sido el mismo durante un tiempo seguían siendo el mismo cuerpo después de separados” (Hernández, 2018: 248).

Es por eso que las hijas le brindan la oportunidad a la madre de observarse a sí misma como otra y resignificarse en un cuerpo diferente. Mientras que cuando es joven no se atreve a desobedecer y cuestionar a los miembros de la guerrilla, tras sus experiencias vitales como madre —las cuales la han vuelto todavía más vulnerable— se cuestionará acerca de sus deseos auténticos. Este cambio en su sensibilidad y pensamiento surge del reconocimiento de su vulnerabilidad como una fortaleza, no una debilidad, la cual le permite abrazar el deseo de sus hijas como suyo, para conocerse a sí misma. La maternidad se reconvierte en una estrategia de reapropiación corporal, que gracias a la imaginación, le permite a las mujeres abrirse a un territorio semántico donde devenir nómades.

También el deseo de resistencia de la hija que va a la universidad es lo que la vuelve más vulnerable y sensible, pero es lo que abre en las demás, incluida la madre, una esperanza inusitada de movilidad social. Esos deseos se despiertan por contagio, pues surgen del deseo de la madre de viajar a París para intentar recuperar a la primogénita: una desterritorialización que, aunque no es del todo voluntaria, resulta un quiebre fundamental para las dinámicas del “deber-ser” en la novela. Al mismo tiempo, los movimientos de desterritorialización voluntaria de la hija que migra, la que va a la universidad y la que abandona al marido para volver a su casa, despiertan en todas una revalorización de la tierra en donde fueron criadas y de la madre que las crió.

Por ello, no es sorprendente que la novela culmine con un acto colectivo femenino de defensa de la tierra, donde incluso la que huye voluntariamente del país que despreciaba y reñía antes con su madre, regresará para defender su hogar. Sin embargo, este no puede ser interpretado como una reactivación de la lógica de la “propiedad privada” que, como han expuesto muchas feministas, es fundamental en el patriarcado; sino que es contra-económico, ya que se enfatiza que la construcción de la carretera ante la cual se oponen habría de beneficiarlas económicamente más que a nadie en la comunidad, pues aumentaría la plusvalía de su terreno. La defensa de la tierra es un acto metafórico, en el cual las mujeres no defienden la propiedad como capital, sino su derecho a existir, habitar y decidir en el proyecto comunitario.

Así, se nos sugiere una concepción no hegemónica del amor entre mujeres: un amor que contribuye a la desterritorialización semántica y a la territorialización física de sus deseos singulares, pues alberga el deseo de la “otra” para darle un territorio en el propio cuerpo. Este amor femenino articula un “cuerpo-territorio” de lucha común. Recuperado de las luchas anti-extractivistas del feminismo centroamericano, Gago propone el “cuerpo-territorio” como una noción que “desliberaliza” el cuerpo como propiedad individual para pensarlo como una imagen de “continuidad política, productiva y epistémica”, donde los afectos, recursos y potencialidades “se singularizan porque pasan por el cuerpo de cada quien”, pero son comunes en cuanto que cada cuerpo “nunca es sólo ‘uno’, sino siempre con otr\*s, y con otras fuerzas también no-humanas” (2019: 97).

Desde esa perspectiva, considero que la resignificación de la vulnerabilidad femenina restaura el patrón semántico “mujer-tierra”, pero lo hace para mostrar que las mujeres, al mismo tiempo que nómades, pueden ser las poseedoras de su cuerpo y de la tierra que trabajan, pues estos son superficies de transformación y creación permanente. Cada cuerpo femenino y su vulnerabilidad es territorio de batalla: “un ensamble siempre mutante y abierto al devenir, un tejido que es agredido y necesita defenderse y, al mismo tiempo, que se rehace en esos enfrentamientos, que persiste en tanto que practica alianzas” (Gago, 2019: 98). A través de las prácticas afectivas que “rozan, tumban y queman” el sentido

común, las mujeres devienen nómades porque desmontan las identidades miméticas de la mujer —madre, hija y excombatiente— para someterlas a la multiplicidad y la diseminación semánticas, y convertirlas en alternativas que ya no se postulan en oposición dialéctica con esa “otra” forzosamente desvalorizada, sino como formas afirmativas de deconstrucción: territorios semánticos atravesados por un deseo vital que rebasa la lógica y ya no se sustenta en el consenso social, sino en la reapropiación del cuerpo como territorio de transformación comunitaria.

La novela *Roza tumba quema* configura un agenciamiento narrativo femenino que evoluciona y va dando lugar poco a poco al surgimiento del deseo femenino como vínculo común. Este engranaje entre las voces heterogéneas y las acciones corporales y afectivas tiene el potencial de yuxtaponer una contramemoria feminista a la historia común de las guerras civiles y las luchas cotidianas latinoamericanas, desde la cual las mujeres pueden construir otra forma de la comunidad. Como señala Ortiz Wallner: “las voces de mujeres [...] se conectan entre sí para componer y actuar ese coro imperfecto e interrumpido que deviene comunidad audible, una comunidad de mujeres que da origen por y para sí misma a una ética del cuidado [sic] que asegure la sobrevivencia por sobre la muerte” (2019: 121). Esta lengua coral y familiar ya no está basada en la identificación de la fraternidad entre hermanos; sino que es una lengua hospitalaria que abre lugar para la “otra”, acoge su decir y disentir para crearle un lugar en el devenir-común múltiple de las mujeres. Así podemos observar que el sentido común cambia y se modifica conforme a la creación de las series desterritorializantes que articulan otros campos semánticos desde los cuales las mujeres pueden pensarse. Por ello, la coordinación entre experiencias vitales disímiles de las distintas mujeres del relato no solo manifiesta las relaciones de inmanencia de poder, sino la inmanencia del deseo que se contrapone a este. La resonancia entre distintos cuerpos singulares y sus discursos ya no está articulada por la homogeneización de la violencia estructural de género, sino por su vulnerabilidad común.

En conclusión, la novela *Roza tumba quema* crea una red de relaciones que configura un cuerpo-territorio colectivo de deseo, pero que es inorgánico y múltiple, porque admite la variación y la contradicción internas como el motor de su agencia. Un cuerpo-territorio que a través de su constante desterritorialización ensambla la heterogeneidad, pero no para unificarla, sino para albergar la diferencia de la mujer consigo misma como su potencia más propia. Es este nuevo territorio semántico el que nos permite pensar en una comunidad que sea un cuerpo afectado por el permanente contacto entre mujeres; un territorio donde puedan devenir nómadas porque transforman los territorios semánticos que las articulan; un lugar en donde sean libres para restaurar, reapropiarse y liberar su vulnerabilidad, que, como he mostrado a largo de este texto, es la potencia que nos despierta a movernos, actuar juntas y, como en la práctica agrícola “roza-tumba-quema”, diseñar las estrategias afectivas e imaginarias que nos permitan borrar y cortar las consignas que nos atan para crearnos un territorio fértil para florecer.

## Bibliografía

- BRAIDOTTI, Rosi (2000), *Sujetos nómades*. Alicia Bixio (trad.). Buenos Aires, Paidós.
- BUTLER, Judith (2018), “Repensar la vulnerabilidad y la resistencia”, *Resistencias*. Traducido y revisado por la autora. Ciudad de México, Paradiso editores, pp. 21-51.
- CORTEZ, Beatriz (2010), *Estética del cinismo: pasión y desencanto en la literatura centroamericana de posguerra*. Guatemala, F&G Editores.
- DELEUZE, Gilles; Guattari, Félix (2004), *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. José Vásquez Pérez (trad.). Valencia, Pre-Textos.
- ESCH, Sophie (2018), *Modernity at Gunpoint. Firearms, Politics and Culture in Mexico and Central America*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.

- FEDERICCI, Silvia (2010), *Caliban y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Verónica Hendel y Leopoldo Sebastián Touza (trad.). Madrid, Traficantes de sueños.
- GAGO, Verónica (2019), *La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo*. Madrid, Traficantes de sueños.
- GAIRAUD, Hilda (2015), “Rutas de muerte en la narrativa de Claudia Hernández”, en *Revista de Lenguas Modernas*, vol. 22, pp. 203-215. DOI: <<http://dx.doi.org/10.15517/rlm.v0i22.19681>>.
- HERNÁNDEZ, Claudia (2018 [2017]), *Roza tumba quema*. Madrid, Sexto piso.
- Jossa, Emanuela (2019), “Re-presentar la memoria: Regina José Galindo, Claudia Hernández”,
- JORGELINA CERRITOS, en *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, vol. 38, pp. 98-112.
- KOKOTOVIC, Misha (2014), “Telling Evasions: Postwar El Salvador in the Short Fiction of Claudia Hernández”, en *A Contracorriente*, vol. 11, n.º 2, pp. 53-75.
- LARGE, Sophie (2019), “De violencias y traumas: las mujeres en la posguerra en Roza tumba quema de Claudia Hernández”, en *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, vol. 38, pp. 191-203.
- NUÑEZ, Antonio (2021), “Muerte, violencia y subjetividad: un trinomio temático en la narrativa breve de Claudia Hernández”, en *Revista Chilena de Literatura*, vol. 104, pp. 905-919. DOI: <<http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22952021000200905>>.
- ORTIZ WALLNER, Alexandra (2019), “Guerra y escritura en *Roza tumba quema* (2017) de Claudia Hernández”, en *Revista Letral*, vol. 22, pp. 110-128. DOI: <<https://doi.org/10.30827/rl.v0i22.9306>>.
- RINCÓN-CHAVARRO, María (2013), “De violencia, de normalización y de fronteras”, en *Catedral tomada: Revista de crítica literaria latinoamericana*, vol. 1, n.º 1, pp. 1-17. DOI: <<https://doi.org/10.5195/ct/2013.27>>.